

Propuesta sobre el medio ambiente 2012

Por una sociedad global sostenible: Aprendizaje para el empoderamiento y el liderazgo

Por Daisaku Ikeda
Presidente de la Soka Gakkai Internacional

5 de junio de 2012

En nombre de los miembros de la Soka Gakkai Internacional (SGI) de ciento noventa y dos países y territorios del mundo, quisiera ofrecer algunas consideraciones y propuestas, en ocasión de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible (Río+20) que se llevará a cabo en Río de Janeiro, Brasil, a partir del 20 de junio de 2012.

Cada año, se pierden cincuenta y tres mil kilómetros cuadrados de áreas forestales. El nivel de la capa freática sigue disminuyendo, lo que provoca carestías crónicas de agua en muchos países; y se estima que casi el veinticinco por ciento de la masa terrestre se ve afectada por el proceso de desertificación.¹ Estos son algunos de los temas urgentes que la Conferencia Río+20 debe tratar.

Sin embargo, como sugiere el título de la Conferencia, “El futuro que queremos”, esta reunión cumbre también simboliza el esfuerzo por establecer una perspectiva clara sobre cómo lograr una relación más armoniosa entre la humanidad y la Tierra. Es crucial que dicha perspectiva esté basada en la conciencia de que somos vecinos que cohabitamos el planeta Tierra; y es aun más importante que crezca el número de personas dispuestas a asumir dicha empresa, a nivel individual y de manera solidaria unas con otras.

Por más estimulante que sea un ideal, este solo podrá concretarse con el enérgico apoyo de la sociedad civil. Debe convertirse en una cuestión de compromiso personal para innumerables hombres y mujeres. Es necesario compartir ese ideal, reflejarlo en la vida diaria y consolidarlo como una guía que marque pautas de acción dentro de la sociedad.

Durante la Conferencia, el enfoque centrado en el ser humano y su diario vivir será esencial para garantizar que el debate de los temas principales –1) una economía verde en el contexto del desarrollo sostenible y la erradicación de la pobreza, y 2) el marco institucional para el desarrollo sostenible— sea significativo y fructífero. Por lo tanto, espero que las deliberaciones de la Conferencia sean impulsadas con la determinación de fortalecer a las personas como agentes del cambio y asegurar el compromiso y las acciones sostenidos de la gente. El futuro que queremos será posible solo cuando reconozcamos que somos nosotros quienes debemos hacerlo realidad.

En esta propuesta, quisiera centrarme en la clase de empoderamiento que pone de manifiesto el auténtico potencial ilimitado que todo ser humano posee. Es importante

que cada individuo adopte una actitud emprendedora que genere una serie de transformaciones comunitarias y sociales. Solo entonces podremos alcanzar el objetivo de una sociedad global sostenible, en la que se otorgue la máxima importancia a la dignidad inherente a la vida.

Una escala humana

Helen Clark, administradora del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), realizó esta categórica afirmación al referirse a la importancia de la Conferencia Río+20:

La sostenibilidad no es solo, en primera instancia, un tema ambiental [...]. Se trata, sobre todo, de la forma en que elegimos vivir nuestra vida, conscientes de que todo lo que hacemos tiene consecuencias para los 7000 millones de habitantes del planeta, así como para los miles de millones que vendrán en los próximos siglos.²

Hoy en día, vemos un clamor generalizado que urge la transición de un paradigma que persigue riquezas materiales a un paradigma de sostenibilidad. Para lograr ese propósito, debemos, desde luego, revisar y corregir las políticas económicas y ambientales vigentes; pero no bastará con ello. Debemos someter a escrutinio la mismísima naturaleza de la civilización humana, desde el modo en que están organizadas nuestras sociedades hasta la manera en que vivimos nuestra vida cotidiana.

Por cierto, es una realidad innegable que muchas sociedades seguirán priorizando el crecimiento económico. Pero creo que es necesario que todas examinen nuevamente los objetivos y las razones que subyacen bajo ese crecimiento, y que estén plenamente conscientes de que existen otras prioridades. Tengo la esperanza de que la Conferencia Río+20 incentive una profunda y seria consideración sobre dichas cuestiones.

El catastrófico terremoto que golpeó el Japón en marzo de 2011 puso en evidencia estas cuestiones del modo más penoso. La incapacidad de una sociedad en su más alto nivel de desarrollo social y económico para contener el daño ocasionado por ese desastre natural quedó demostrada, no solo ante el pueblo japonés, sino ante el resto del mundo. En el desastre nuclear de Fukushima, las consecuencias imprevistas que provocan la ciencia y la tecnología salieron a la luz en la inmensa cantidad de personas que se vieron forzadas a evacuar sus hogares, en la gravísima contaminación radiactiva cuyo alcance aún no se puede determinar, y en sus inciertas consecuencias a largo plazo sobre la salud.

La pérdida de vidas, el menoscabo de la dignidad y la destrucción ecológica, y el detrimento causado a las familias y sus círculos comunitarios son los crueles resultados no solo de los desastres naturales, sino de los conflictos armados y la degradación ambiental. Por ejemplo, en el caso del cambio climático, no existe lugar que pueda escapar completamente de los riesgos a largo plazo; la totalidad de los actuales habitantes de la Tierra sentirá su impacto y, más adelante, por añadidura, las generaciones venideras.

En tal sentido, modificar el rumbo de la civilización hacia la sostenibilidad requiere que las cuestiones implicadas se consideren desde una escala auténticamente humana,

dentro del contexto y de las experiencias del diario vivir. Es allí donde debemos sentir plenamente el peso de la dignidad inalienable de la vida y reflexionar sobre lo que es verdaderamente importante para nosotros y sobre lo que debemos proteger unidos.

Esa es la razón por la que es inaceptable pretender el logro de la sostenibilidad como una simple cuestión de ajuste de políticas para optimizar el equilibrio entre las necesidades económicas y ecológicas. Por el contrario, la sostenibilidad debe ser entendida como un reto y una empresa que requiere el compromiso de todos. En esencia, la sostenibilidad significa trabajar para construir una sociedad que priorice ante todo la dignidad de la vida, la dignidad de todos los miembros de las generaciones actuales y de las venideras, así como de la biosfera que nos sustenta.

La búsqueda de lo factible

Recuerdo en este punto a Aurelio Peccei (1908-1984), quien, al fundar el Club de Roma, contribuyó a dar forma a la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, que fue precursora de la Conferencia Río+20. En nuestro diálogo publicado en 1984 [en japonés], él declaró:

Hipnotizados por nuestro poder, hacemos lo que *podemos*, no lo que *deberíamos*, caminando sin tener en cuenta ningún principio de índole práctica, moral y ética, que tengamos por intrínseco a nuestra nueva condición.³

Me sentí impresionado por esa declaración, sobre todo, porque coincidía, en el nivel más profundo, con lo expresado por el fundador y presidente de la Soka Gakkai, Tsunesaburo Makiguchi (1871-1944), en su obra publicada en 1903, *Geografía de la vida humana*. En ella, Makiguchi esboza el siguiente lineamiento de las condiciones que prevalecían en los albores del siglo XX, cuando la obstinada exploración de lo factible creó un orden global en el cual aquellos que ostentaban el poder tomaban ventaja de los más débiles con escasa o nula consideración por los sacrificios que eso acarrearba:

[Las grandes potencias] están constantemente acechando la ocasión de obtener algún beneficio; en otras palabras, de cualquier oportunidad que pueda ser explotada para afianzar su economía o alcanzar ventajas políticas. Así como las zonas de alta presión de la atmósfera física fluyen hacia las de baja presión, se puede apreciar un fenómeno análogo en la relación de poderes en el ámbito internacional.⁴

Han pasado casi ciento diez años desde que Makiguchi escribió esas palabras. ¿Cuánto han cambiado las cosas desde entonces?

La civilización moderna sigue ocupada en su búsqueda inmoral de lo factible, sin el menor interés por los imperativos éticos. Eso se puede ver en el incesante afán competitivo por adquirir armamentos para intimidar a otros y realzar el propio prestigio y, también, en la competencia económica que se libra en el mundo con la más absoluta indiferencia hacia cuestiones como la pobreza y la creciente disparidad de los ingresos.

La espiral del deseo —en la que ambiciones e impulsos, que inicialmente parecían estar bajo control, se expanden a la par de sus continuos éxitos hasta que terminan

escapándose enteramente de nuestras manos— yace en el núcleo de las innumerables problemáticas de suma gravedad que debe enfrentar el mundo moderno: la priorización del crecimiento económico, que precipita la degradación ecológica; las crisis financieras y económicas provocadas por la excesiva especulación; la inhumanidad última representada por las armas nucleares...

El accidente de la central de energía nuclear de Fukushima fue causado por un desastre natural. Pero también dio prueba de los graves riesgos inherentes que conlleva depender de la energía generada por reacciones nucleares controladas, un peligro que había quedado oculto a raíz de una fe incuestionable en la superioridad y la seguridad de la industria nuclear japonesa.

Pero al mismo tiempo, la búsqueda de lo factible ha impulsado significativamente el desarrollo y ha permitido cubrir necesidades esenciales de alimentación, vestimenta y vivienda; mejorar la salud y el bienestar humano, e incrementar de manera drástica el movimiento de personas y de productos a través del avance en las tecnologías de transporte y de comunicación.

Makiguchi no negó los beneficios de dicha búsqueda y, de hecho, destacó cuidadosamente el poder que tenía la competencia positiva para pulir y refinar la capacidad humana y liberar su energía. “Encontramos progreso y desarrollo allí donde la competencia es fuerte y poderosa; en cambio, donde esta se ve dificultada, sea a causa de factores humanos o naturales, solo encontramos estancamiento, inmovilidad y regresión”.⁵

Su preocupación principal, sin embargo, fue la necesidad de apartarse de la competencia militar, política y económica, en la que se busca el beneficio propio sin el menor reparo en los sacrificios que se imponen a los demás. Makiguchi instó a lograr una nueva modalidad de lo que denominaba “competencia humanitaria”, en la que “uno protege, amplía y hace avanzar la vida de los demás, al tiempo que hace otro tanto para sí” y “beneficia a los demás y está al servicio de sus intereses, al tiempo que se beneficia a sí mismo”.⁶

Makiguchi buscaba un cambio cualitativo en la naturaleza de la competencia, de modo que las energías del deseo —el impulso de hacer algo para mejorar la propia situación— se orientaran hacia fines más valederos que generaran felicidad para uno y para los demás.

He aquí cómo el budismo describe esa transformación, que sucede en lo más recóndito de la conciencia: “Nosotros quemamos la leña de los deseos mundanos y contemplamos ante nuestros ojos el fuego de la sabiduría iluminada”.⁷ En lugar de permitir que la ira o el dolor que sentimos ante nuestras circunstancias encuentren su descargo en actos que dañen o denigren a los demás, debemos expandir y elevar esos sentimientos para que nos motiven a accionar y a contrarrestar los males sociales y las amenazas que nos provocan sufrimiento a nosotros y a los demás. El budismo enseña que esa transformación nos permite llevar una vida capaz de iluminar la sociedad con las cualidades de la valentía y la esperanza.

Si pudiéramos aplicar el enfoque de Makiguchi —que es coincidente con la filosofía budista— a las realidades contemporáneas, la competencia militar adquiriría la forma de

una rivalidad amistosa entre países para desplegar su capacidad en bien de la “seguridad nacional” y la “seguridad humana”, en áreas como el control de la propagación de enfermedades infecciosas y la prevención y mitigación de desastres. La razón de ello será que la clase de competencia que busque enfrentar y resolver amenazas compartidas generará beneficios recíprocos para todos los países.

Del mismo modo, la competencia política de la pugna del poder duro por la hegemonía se puede cambiar por una competencia basada en el poder moderado que dé lugar a propuestas políticas creativas para granjearse así el respeto de otros países. Podemos ver un ejemplo de ello en las organizaciones no gubernamentales (ONG) y los gobiernos de visión amplia que han catalizado solidariamente sus esfuerzos mutuos a fin de crear tratados multilaterales para la proscripción de las minas antipersonales y de las municiones en racimo. Ese logro fue posible gracias a la presión ejercida sobre diferentes países para que estos priorizaran los imperativos humanitarios por sobre la búsqueda de lo que era tecnológica y militarmente posible y, también, gracias al apoyo con que respondió la sociedad internacional.

Se podría afirmar que el llamado a establecer una economía verde en el contexto del desarrollo sostenible y de la erradicación de la pobreza —uno de los temas centrales de la Conferencia Río+20— corresponde a un desplazamiento dentro de la competencia económica hacia modos en los que “[uno] beneficia a los demás y está al servicio de sus intereses, al tiempo que se beneficia a sí mismo”.

Es cada día mayor el apoyo que recibe la creación de un sistema mediante el cual los países puedan compartir sus mejores prácticas, generar capacidad tecnológica y apoyar a otros países en la aplicación de dichas tecnologías. Se considera que esa es la forma esencial de lograr una transición global hacia una economía verde caracterizada por la baja emisión de gases de efecto invernadero y el uso eficiente de los recursos. Tengo la firme esperanza de que la Conferencia logre acuerdos sobre un sistema a través del cual los países a la vanguardia en dichos campos puedan actuar según el principio de la competencia humanitaria. Este mismo principio puede ser aplicado de modo categórico, y espero fervientemente que así sea, según el eje temporal formulado en la frase “beneficiar los intereses del futuro y estar a su servicio, al tiempo que son beneficiosas para el presente”.

Para muchas personas, la sostenibilidad evoca imágenes de una serie de restricciones que se imponen a los individuos y a las sociedades. Pero un enfoque de tal estrechez será incapaz de generar la ola expansiva que se requiere para lograr una transformación.

Aunque los recursos físicos son limitados, el potencial humano es ilimitado y nuestra capacidad de crear valor es infinita. La verdadera importancia de la sostenibilidad yace, a mi criterio, en que constituye un concepto dinámico dentro del cual existe una lucha o competencia para generar valor positivo y compartirlo con el mundo y con el futuro.

Expresado de manera sencilla, los esfuerzos que realizan la gente, las comunidades y las sociedades para beneficiar a los demás hacen surgir nuestros aspectos más positivos y creativos. Del mismo modo, la profunda mejora de nuestra condición actual se produce cuando luchamos por un futuro mejor. A través de esos repetidos esfuerzos, dirigidos constantemente a nosotros mismos y a los demás, al presente y al porvenir, podemos

proteger mutuamente nuestra dignidad inalienable y trabajar para construir un mundo en el que todas las personas puedan vivir felices y en paz.

La clave para ello es nuestro sentido de responsabilidad hacia quienes comparten con nosotros el planeta y nuestro sentido de responsabilidad hacia el futuro.

Con las bases en la comunidad local

Mucha gente se siente preocupada y experimenta el impulso de ponerse en acción ante los hechos horribles que se producen en diferentes partes del mundo o frente a las sombrías amenazas que pesan sobre la ecología global. Sin embargo, la interminable sucesión de eventos aciagos produce un agravado sentimiento de impotencia.

Arthur y Joan Kleinman, que han realizado estudios conjuntos de antropología cultural en la Universidad de Harvard, brindan el siguiente análisis sobre los dilemas que enfrenta la actual sociedad de la información: “Así, predomina en nuestra época el sentimiento de que los problemas complejos no se pueden entender ni resolver; este sentimiento se mezcla con la globalización masiva de imágenes de sufrimiento y, juntos, producen fatiga moral, colapso de la empatía y desesperación política”.⁸

Para evitar que tales sentimientos nos agobien, es crucial poseer solidez, disponer de un criterio que nos permita percibir el impacto de nuestras acciones y sentir que estamos realizando progresos concretos en la transformación de la realidad. Ese es, en mi opinión, el rol de la comunidad local. El sentido de responsabilidad hacia el mundo y hacia el futuro no es algo que se pueda adquirir de la noche a la mañana, en forma aislada de la realidad cotidiana. Si no podemos establecerlo dentro de nuestras relaciones humanas y de nuestro entorno más cercano, no podemos esperar hacerlo en relación con todo el planeta o con el futuro distante.

La palabra “responsabilidad” indica la capacidad o la aptitud de responder. El sentido de compromiso hacia todos aquellos con quienes compartimos el planeta y hacia las generaciones futuras se desarrolla mediante el esfuerzo constante que hacemos para fortalecer y forjar nuestra capacidad de responder a las realidades cambiantes de la comunidad.

El filme *Una revolución silenciosa*, cuya producción contó con el apoyo de la SGI y que fue estrenado en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible (CMDS) de 2002, realizada en Johannesburgo, Sudáfrica, presenta iniciativas afines a la idea esbozada anteriormente, que han sido llevadas a cabo por ciudadanos comunes de varios países. La película, producida por el Consejo de la Tierra en cooperación con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), ofrece un relato de los desafíos que las personas están haciendo para proteger sus comunidades, sus niños y su futuro. Muestra los esfuerzos realizados por los aldeanos de Neemi, en Rajastán, India, para restablecer antiguas costumbres de acopio de agua de lluvia; luego, ilustra los esfuerzos para solucionar la polución química del lago Zemplinska Sirava, en Eslovaquia; y las actividades del Movimiento Cinturón Verde de Kenia, destinadas a combatir la desertificación mediante la reforestación.

Hasta la fecha, la SGI ha exhibido dicha película en más de cincuenta y cinco países y territorios, con el fin de promover el mensaje de que todo individuo tiene el potencial de cambiar el mundo.

Impulsados a actuar

El Movimiento Cinturón Verde, presentado en la película *Una revolución silenciosa*, fue iniciado por la activista ambiental de Kenia Wangari Maathai (1940-2011). Se trata de un caso que muestra cómo un movimiento popular enraizado en la comunidad puede instilar en las personas el sentido de responsabilidad hacia el futuro.

Mi encuentro con la doctora Maathai, quien lamentablemente falleció el año pasado, se produjo en febrero de 2005. Recuerdo con gran afecto la sonrisa envolvente, brillante como el Sol que iluminó su rostro cuando le propuse plantar una higuera en la Universidad Soka de los Estados Unidos, en homenaje a sus muchos años de esfuerzos y logros.

Para la doctora Maathai, la higuera era un símbolo de la dignidad y el valor irremplazables de su pueblo. De hecho, fue una higuera lo que la motivó a dedicarse al movimiento de plantación de árboles.

Una vez, de regreso a Kenia desde los Estados Unidos, donde se tituló en ciencias biológicas, la doctora visitó a su familia en Nyeri. Allí, quedó pasmada al ver que la naturaleza que rodeaba su hogar había sufrido graves cambios en pocos años. Con la mira cada vez más orientada hacia las ganancias, los agricultores estaban derribando las zonas forestales para incorporar cultivos comerciales. La doctora Maathai descubrió que incluso la higuera que su madre le había enseñado a respetar como algo sagrado había sido talada en el proceso.

Vio además que los deslizamientos de tierra se habían tornado más habituales en la región y que, como consecuencia, las fuentes de agua potable eran más escasas. Se enteró de que muchas mujeres estaban luchando diariamente con los problemas causados por la degradación ambiental.

Convencida de que “la solución a la mayor parte de nuestros problemas debe surgir de nosotros”,⁹ la doctora inició en su comunidad lo que luego se convirtió en el Movimiento Cinturón Verde.

Este movimiento, que la doctora Maathai describió como “un testimonio de la capacidad de las personas para cambiar el curso de la historia medioambiental”,¹⁰ ilustra tres puntos de crucial importancia.

El primero es el constante énfasis que se pone en asegurar que todos los participantes estén genuinamente convencidos de la validez de lo que están haciendo y puedan palpar los logros del movimiento en el proceso de su desarrollo. La doctora Maathai realizaba seminarios en las comunidades donde el movimiento estaba activo y pedía a los participantes identificar los problemas que los aquejaban. Les preguntaba cuáles eran, a su entender, las causas de dichos problemas, y la mayoría culpaba al gobierno. Si bien ella aceptaba que esa era en gran medida la causa, insistía en que nada cambiaría mientras la gente atribuyera toda la responsabilidad al gobierno.

Les decía: “Esta es su tierra. Ustedes la poseen, pero no la cuidan. Están permitiendo que avance la erosión del suelo cuando pueden hacer algo al respecto. Pueden plantar árboles”.¹¹

Quienes trabajaban en la reforestación decían a veces: “No quiero plantar este árbol, porque no crecerá lo suficientemente rápido”. La doctora Maathai les recordaba entonces que los árboles que la gente estaba utilizando en aquel momento no habían sido plantados por ellos, sino por sus predecesores. De modo que era necesario ahora plantar árboles que pudieran beneficiar a la comunidad en el futuro. “Tal como sucede con la semilla, con sol, un buen suelo y abundante lluvia, las raíces de nuestro futuro se hundirán en la tierra y un manto de esperanza se elevará hacia el firmamento”.¹²

Por más noble que sea un propósito, la gente no está dispuesta a actuar a menos que esté convencida de su valía. El sincero esfuerzo de relacionarse con las personas, respondiendo con cuidado a cada inquietud y ayudándolas a resolverlas, es lo que genera esa convicción.

Además de mantener ese proceso de diálogo continuo, el Movimiento Cinturón Verde ha podido involucrar a más y más personas, porque sus resultados tangibles han brindado a cada participante un verdadero sentido de concreción. Creo que allí se puede encontrar el factor más poderoso que permite a las personas participar del movimiento; la alegría y el orgullo de saber que sus acciones están contribuyendo a un cambio real han liberado a la gente de su sentimiento de resignación e impotencia.

Como expresó la doctora Maathai en su discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz:

La plantación de árboles es simple, asequible y garantiza resultados rápidos y positivos en un lapso razonable. Eso mantiene el interés y el compromiso. De modo que, juntos, hemos plantado más de treinta millones de árboles que proveen combustible, alimento, cobijo e ingresos para afrontar la educación de los hijos y las necesidades de la familia. La actividad también genera empleo y mejora el suelo y las cuencas hidrográficas.¹³

El segundo punto que quisiera destacar es que el Movimiento Cinturón Verde ha logrado el empoderamiento humano, al inspirar a la gente a vivir con un sentido de propósito más amplio y al lograr que cada uno hiciera surgir su potencial ilimitado e innato.

Existe la tendencia a considerar el movimiento solo en términos de la cantidad de árboles que se han plantado. Sin embargo, su mayor importancia reside en el fortalecimiento humano, como quedó demostrado en la convicción de la doctora Maathai de que su labor no se limitaba a la plantación de árboles; era un movimiento para inspirar en la gente la decisión de asumir la responsabilidad de su vida y de su entorno, de la gobernanza y del futuro. Cuando la doctora Maathai comprendió que estaba trabajando no solo para ella misma, sino para un objetivo superior, adquirió mayor fortaleza.

A través del proceso de plantar y de nutrir árboles con las propias manos, el movimiento permitió que sus participantes, en especial las mujeres del sector rural, comprendieran que eran ellos mismos quienes debían elegir entre mantener y regenerar el medio ambiente, o permitir que su destrucción continuara.

Luego lograron reconocer, a través de las oportunidades de aprender y tomar conciencia que les brindaba el movimiento, que sus esfuerzos para plantar árboles y proteger las áreas forestales de la desertificación eran parte de una misión más grande: construir una sociedad que valorara la democracia y la conciencia social, y respetara las leyes, los derechos humanos y los derechos de las mujeres.

Las mujeres campesinas, quienes en un comienzo habían acudido a la doctora en busca de combustible y agua potable, comenzaron a mostrar mayor confianza, a medida que ganaban experiencia. Empezaron a ejercer el liderazgo en sus comunidades y, finalmente, asumieron la responsabilidad de diversos proyectos comunitarios, como el manejo de viveros, la recolección de agua de lluvia y la protección de los recursos alimentarios.

La transición del empoderamiento al liderazgo que experimentaron esas mujeres se asemeja al dramático despertar descrito en el canon budista del *Sutra del loto*, que expresa la esencia del budismo: el de una transformación interior por la que individuos que buscan su propia salvación se convierten en individuos que se ponen en acción para ayudar a los demás a librarse del sufrimiento.

El budismo enseña que la solución fundamental a nuestros sufrimientos no existe fuera de nosotros. A través del proceso de despertar a nuestro ilimitado potencial interior y de ponerlo de manifiesto, nuestra vida se transforma de manera tal, que nos tornamos capaces de conducir a los demás hacia la felicidad y la seguridad. Ese grandioso cambio interior nos permite convertir nuestro propio sufrimiento en el ímpetu para transformar positivamente la sociedad.

En este contexto, es oportuno presentar el ejemplo de una mujer descrita en el canon budista y llamada Srimala. Ella pronunció el siguiente juramento: “Si veo gente solitaria, personas que han sido encarceladas injustamente y han perdido su libertad; gente que está sufriendo a causa de la enfermedad, los desastres o la pobreza, no abandonaré a ninguna de ellas. Les ofreceré consuelo espiritual y material”.¹⁴ Las crónicas afirman que Srimala fue fiel a su promesa y dedicó su vida a ayudar a quienes estaban sumidos en el sufrimiento.

Cuando la doctora Maathai declaró: “Hemos sido convocados para ayudar a la Tierra a curar sus heridas”,¹⁵ sus palabras resonaron con la entrega de un juramento de por vida.

Cuando uno se compromete de esa manera, sus acciones no se rigen por el temor a las sanciones legales o por el deseo de obtener beneficios personales o recompensa monetaria. Uno se mantiene resuelto, más allá de la adversidad, y rehúsa depender de los demás para ponerse en acción. Avanza firmemente para cumplir con su misión, por más difícil que ello sea. La doctora Maathai afirmó que, ante la enormidad de la tarea que se alzaba frente sus ojos, solo podía sentir que sus energías se renovaban.

El empoderamiento centrado en la comunidad brinda valor y sabiduría a las personas, y las mueve a actuar y a ejercer el liderazgo para mejorar su situación. A medida que ese enfoque de la vida se internaliza y se consolida, la gente puede trabajar junta para avanzar, por más pequeño que sea cada uno de sus pasos, hacia el cumplimiento de su juramento o misión individual. Creo que ese proceso puede servir de cimiento para construir un movimiento popular expansivo en busca de la sostenibilidad a escala global.

El tercer punto que quisiera tratar es el de los esfuerzos realizados por la doctora Maathai para garantizar la continuidad del movimiento, especialmente, a través del aliento y la educación a las generaciones jóvenes.

Al responder a la pregunta de por qué siempre hablaba de sus iniciativas en términos de “nosotros” en lugar de decir “yo”, la doctora dio una respuesta memorable: “Soy muy consciente del hecho de que no lo puedes hacer sola. Es un trabajo en equipo. Si lo haces sola, corres el peligro de que cuando ya no estés, nadie más lo haga”.¹⁶

Si bien es posible que un solo individuo inicie un movimiento, la tentativa en sí de alcanzar una gran meta requiere muchos años y la cooperación de una gran cantidad de personas.

La cuestión sobre cómo transmitir el espíritu de un movimiento de una generación a otra siempre surge como un tema importante en el curso de mis diálogos con diversas figuras comprometidas con la resolución de los conflictos globales. Entre esas personalidades, se contó Sir Joseph Rotblat (1908-2005), quien, en calidad de fundador de las Conferencias Pugwash sobre Ciencia y Asuntos Mundiales, dedicó su vida a la abolición de las armas nucleares y de la guerra.

El doctor Rotblat ya había estado trabajando incansablemente desde los años de la Guerra Fría para propiciar una solidaridad espiritual entre los científicos que trascendiera las fronteras, cuando colaboró con la formación de Pugwash Internacional de Estudiantes y Jóvenes (ISYP, por su acrónimo oficial), iniciado en 1979, en aras de las jóvenes generaciones de científicos. En esa época, ya estaba en su séptima década de vida, pero su mirada estaba fija en el futuro.

Cuando el 9 de julio de 1955 se publicó el Manifiesto Russell-Einstein, como advertencia sobre los peligros de las armas nucleares, el doctor Rotblat fue el signatario más joven. ¿Qué pensamientos habrán cruzado por su mente en las últimas etapas de su vida al ver que una corriente de jóvenes científicos adoptaba la siguiente promesa: “No emplearé mi educación para ningún propósito que pueda dañar a los seres humanos o al ambiente?”¹⁷

Yo también he venido luchando para construir una red de solidaridad global entre los seres humanos en pos de un mundo libre de armas nucleares, fiel a la declaración realizada en 1957 por mi mentor y segundo presidente de la Soka Gakkai, Josei Toda (1900-1958), en la cual exhortó a abolir las armas nucleares. Nada puede resultar más alentador para mí que ver a la gente joven tomar iniciativas, como la campaña realizada por la División de Jóvenes de la Soka Gakkai en la que se recolectaron dos millones doscientas setenta mil firmas en apoyo de una Convención sobre Armas Nucleares (CAN), que fueron entregadas a las Naciones Unidas en mayo de 2010.

Con el fin de integrar a los niños en la plantación de árboles, la doctora Maathai estableció viveros en escuelas y apoyó constantemente la participación de los más jóvenes en las tareas de conservación ambiental. Y así se refirió a sus expectativas para las generaciones venideras y a su visión del futuro:

Siempre creí que, por más oscuras que se vieran las nubes, hay siempre alrededor de ellas una delgada franja plateada de luz, que es lo que debemos buscar. Lo mejor vendrá después, si no en nuestros tiempos, en la próxima generación o en la que le siga después. Y tal vez, con esa generación, la franja ya no sea delgada”.¹⁸

Fue el 5 de junio de 1977 cuando la doctora Maathai inició el Movimiento Cinturón Verde: ella y un grupo de colaboradores plantaron siete árboles en el Parque Kamukunji, en las afueras de Nairobi. Desde ese día, el movimiento se ha propagado por todo Kenia y por numerosos países de África, con cuarenta millones de árboles plantados en el continente. Y se han plantado ya más de doce mil quinientos millones en todo el mundo desde que la doctora convocó una campaña global de reforestación en 2006, en sociedad con el PNUMA y otras organizaciones. Hubo verdadero pesar en todas partes cuando se supo del fallecimiento de la doctora Maathai, en setiembre de 2011, pero el número de árboles que se siguen plantando va en aumento.

No se trata de un milagro. Lejos de ello, fue posible gracias a la firme determinación de la doctora Maathai y de otras personas que decidieron actuar para contrarrestar la crisis que los rodeaba. La decisión de todos ellos suscitó un mayor apoyo, conmoviendo el corazón de innumerables personas e impulsándolas a la acción. Tenemos mucho que aprender del activismo de la doctora Maathai, si deseamos unirnos en la empresa de crear una sociedad global sostenible.

Nuevos objetivos

A continuación, quisiera ofrecer algunas propuestas específicas para la Conferencia Río+20, concentrándome en tres temas:

1. Crear un conjunto de objetivos compartidos en pos de un futuro sostenible. Estos deben proveer una visión global en bien de la cual la humanidad pueda trabajar, y servir de guía normativa para las acciones que emprendamos las personas que convivimos en este planeta.
2. Establecer una nueva organización internacional a través de la fusión de agencias de las Naciones Unidas en las áreas del medio ambiente y el desarrollo. Ello podrá impulsar con mayor eficiencia los esfuerzos para lograr una sociedad global sostenible centrada en la colaboración con los diferentes sectores de la sociedad civil.
3. Recomendar a la Asamblea General de las Naciones Unidas el establecimiento de un marco educacional que promueva la sostenibilidad. Eso sensibilizará la conciencia ciudadana y permitirá que la gente avance desde el empoderamiento hacia el liderazgo dentro de sus respectivas comunidades.

En cuanto a la primera sugerencia, es vital que cualquier conjunto de metas, además de dar continuidad al espíritu de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) de las Naciones Unidas —de aliviar el sufrimiento de las personas obligadas a vivir en condiciones penosas y degradantes—, sirva como catalizador de un cambio positivo entre la gente, con miras a la creación de una sociedad global sostenible.

Los ODM, establecidos oficialmente durante la Cumbre del Milenio en 2000, fueron innovadores por cuanto se apartaron de anteriores esfuerzos a nivel internacional centrados en mejorar los indicadores macroeconómicos. Así, pusieron énfasis en mejorar las condiciones de las personas y aportaron objetivos numéricos claros en marcos temporales concretos, como por ejemplo reducir a la mitad, en 2015, el porcentaje de la población que vive con menos de un dólar por día.

Actualmente, se espera que la proporción de personas que viven en estado de pobreza extrema descienda a menos del quince por ciento, lo que superaría fácilmente el objetivo inicial; por su parte, los países más pobres han realizado un progreso significativo hacia la meta de alcanzar la educación primaria universal; y unas mil ochocientas millones de personas han logrado tener acceso a fuentes de agua potable mejoradas.¹⁹

Pero incluso esas importantes mejoras no necesariamente han beneficiado a aquellos que viven en las más difíciles circunstancias económicas o a aquellos menos favorecidos socialmente a causa de factores como el género, la edad, la invalidez, la pertenencia a minorías, etcétera. Es crucial que esas disparidades se encaren con mucha mayor atención y premura que las que se les ha prestado hasta ahora.

Cada vez son más las personas que reclaman un nuevo marco que abarque el período posterior a 2015. El informe del Grupo de Alto Nivel sobre la Sostenibilidad Mundial establecido por el secretario general de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon, subraya la necesidad de precisar objetivos de desarrollo sostenible para lograr dicha meta.

El informe sugiere que un factor clave para determinar el marco de esas metas será que estas abarquen problemáticas que afecten a todos los países, y no solo a las naciones en desarrollo; asimismo, deberán incorporar un conjunto de ámbitos clave que no fueron cubiertos cabalmente por los ODM, como el cambio climático, la biodiversidad, la reducción de los riesgos de desastres y la resiliencia; e involucrar a todas las partes interesadas en el desarrollo sostenible, incluidas las comunidades locales, la sociedad civil y el sector privado, junto con los gobiernos.²⁰

En enero de este año, en mi propuesta anual de paz, publicada en conmemoración del establecimiento de la SGI, propuse que se incluyera, entre los acuerdos alcanzados en la Conferencia Río+20, la creación de un grupo de trabajo que deliberara el contenido de esos nuevos objetivos. Además de los aspectos destacados más arriba, creo que el proceso a través del cual se establecen los objetivos de desarrollo sostenible debe basarse en el compromiso de crear una visión global expansiva centrada en la comunidad local.

En cuanto al primer aspecto adicional, considero que un compromiso que tenga como derrotero el bienestar del género humano y de la comunidad global de vida debe estar en el centro de los nuevos objetivos. Esa clase de perspectiva alentará la participación

activa de más sociedades e individuos, de modo que estos puedan esforzarse en una competencia humanitaria para efectuar contribuciones mucho más significativas. Los conceptos esenciales que podrían desplegarse efectivamente aquí incluyen los que mencioné antes: seguridad humana, poder moderado y economía verde.

El Artículo 26 de la *Carta de las Naciones Unidas* señala el siguiente objetivo: “A fin de promover el establecimiento y mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo hacia los armamentos [...]”.²¹ Los beneficios que proporciona el desarme a la seguridad humana interesan a todos los estados, y cualquier progreso en tal sentido sería considerablemente provechoso no solo para los gobiernos, sino para los actuales habitantes de la Tierra y para quienes vendrán en el futuro.

De igual manera, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ha designado 2012 el “Año Internacional de la Energía Sostenible para Todos”. Si los estados que exhiben logros en esa área pusieran en marcha una competencia positiva para contribuir a la difusión de estas tecnologías, ello ayudaría a establecer una infraestructura a través de la cual las sociedades que se baten contra la pobreza puedan proteger la vida, el sustento y la dignidad de su gente, sin incrementar la carga sobre el ambiente. Eso, a la vez, reduciría en gran medida lo que se le exigiera a la ecósfera del planeta en el futuro. Una fórmula similar se podría aplicar a la transición hacia una sociedad sin desechos, a través de la promoción de las “3 Erres”: Reducir, Reutilizar y Reciclar.

Siento que cualquier conjunto nuevo de objetivos debe incluir la clase de metas que alienten ampliamente la competencia humanitaria, definida previamente como las acciones que benefician a los demás y están al servicio de sus intereses, al tiempo que son en beneficio de uno mismo, y que benefician los intereses del futuro y están a su servicio, al tiempo que son beneficiosas para el presente.

El segundo aspecto es un enfoque basado en la comunidad como ámbito para la acción. Ello permitirá que más gente pueda constatar el grado en que sus acciones están generando un cambio positivo y contribuyendo con el logro de un futuro sostenible.

En cierto sentido, los ODM se enfocaban en reducir los impactos negativos sobre los seres humanos y las sociedades mediante el alivio de la pobreza y la erradicación de las amenazas que pesaban sobre la vida y la dignidad de las personas. Del mismo modo, estaban, en gran medida, centrados en el rol y en los esfuerzos que realizaban los estados, por ejemplo, promoviendo la educación primaria y eliminando las disparidades de género en relación con las oportunidades educativas. Es vital continuar y, de hecho, acelerar esos esfuerzos, pero también es importante establecer metas que generen efectos expansivos y positivos en la sociedad y que puedan ser acometidas por todos y cada uno dentro del contexto de sus circunstancias inmediatas.

Las acciones emprendedoras que podrían realizar las comunidades incluirían: la creación de proyectos de forestación u otras iniciativas destinadas a proteger la ecología local; la adopción de medidas dentro de la ciudadanía para forjar comunidades con mayor resistencia a los desastres; el establecimiento de vínculos con otras comunidades para incrementar el grado de producción y consumo local; la realización de trabajos en forma cooperativa, para hacer que la reducción de desechos y el reciclaje se incorporen de manera ineludible en la vida de la gente; y la introducción de fuentes de energía

renovable según los métodos adecuados a cada comunidad, para reducir así la huella ecológica.

Las autoridades y comunidades locales tienen una función esencial en este proceso, y las ciudades desempeñan roles particularmente relevantes. Aunque estas ocupan no más del dos por ciento de la superficie continental de la Tierra, son responsables del consumo de alrededor del setenta y cinco por ciento de los recursos del planeta y, en similar proporción, de los contaminantes liberados en la atmósfera, en los ríos, lagos y océanos del mundo.²² De modo que está plenamente justificada la afirmación de que las acciones y políticas de las ciudades del mundo determinarán el destino de la Tierra.

Espero, por lo tanto, que los nuevos objetivos de desarrollo sostenible incluyan metas relativas a las ciudades, con una serie de índices específicos. Eso podría vincularse a un sistema que incremente la capacidad de las ciudades de compartir conocimientos tecnológicos, mejores prácticas y los progresos que alcanzan año tras año, para hacer realidad esos objetivos.

Las negociaciones convencionales entre gobiernos tal vez resulten inadecuadas para la formulación de objetivos relacionados directamente con los patrones de vida de la población. Por ende, espero de todo corazón que, a la par de asegurar la plena participación de los representantes de la sociedad civil en las deliberaciones, la Conferencia Río+20 haga todos los esfuerzos necesarios para establecer metas que la gente pueda adoptar personalmente y que incentiven la cooperación general para lograrlas.

Marco institucional

Uno de los temas clave de la Conferencia Río+20 es el marco institucional para el desarrollo sostenible.

Detrás de la adopción de este tema, existe preocupación por parte de numerosos gobiernos debido a la lentitud del accionar de las Naciones Unidas en el área de la sostenibilidad y, también, a la duplicación y fragmentación de las actividades de las agencias relacionadas, y a la falta de financiación y de una coordinación adecuada.

Si bien es importante que dichos inconvenientes sean resueltos de inmediato, creo que la reforma institucional no debe limitarse a esas áreas. Por el contrario, espero que el debate apunte al establecimiento de una nueva organización internacional que responda a las realidades del siglo XXI y sirva de modelo innovador para el sistema de la ONU.

Concretamente, quisiera proponer el establecimiento de una “organización global para el desarrollo sostenible” que sea el resultado de una transformación enérgica y cualitativa del actual sistema, de acuerdo con los siguientes lineamientos:

- La consolidación de secciones y agencias relevantes, incluidos el PNUD y el PNUMA.
- La participación de todos los gobiernos interesados en las deliberaciones sobre la marcha de la nueva organización.
- Una relación de cooperación plena con la sociedad civil.
- La participación comprometida de los jóvenes.

Una de las razones para la consolidación institucional es la importancia de la inclusión, evidenciada en el hecho de que “el desarrollo inclusivo y sostenible” encabezó la lista de ocho áreas de acción para 2011, decididas en la Asamblea General de las Naciones Unidas.²³

Un enfoque que clasifique cuestiones globales según la naturaleza de las amenazas puede efectuar una mejora en un área dada. Sin embargo, ante la creciente complejidad y la naturaleza entrelazada de las crisis, un enfoque en ese sentido no logrará aliviar realmente el sufrimiento de la gente ni asegurar su acceso a los bienes sociales necesarios. Tenemos que desarrollar la capacidad institucional de implementar respuestas abarcadoras que prioricen las necesidades reales expresadas por la gente y construyan los cimientos para que las personas puedan vivir con dignidad.

En cuanto a la necesidad de un proceso de toma de decisiones que esté abierto a la participación de todos los gobiernos, actualmente tanto el PNUD como el PNUMA están estructurados de modo que solo los estados que son miembros de los respectivos consejos de administración pueden tener una palabra final en las decisiones. Sin embargo, ante la importancia del desarrollo sostenible y de la gran variedad de cuestiones y sectores involucrados, debemos asegurar que participen de las deliberaciones todos los estados que así lo deseen.

Hoy en día, la sociedad internacional enfrenta el reto de poner en marcha modos de acción compartida que sean efectivos. El establecimiento de una base institucional firme podría contribuir en gran medida al progreso de esa causa. Toda reforma debe tener como fin la creación de marcos institucionales que posibiliten una efectiva colaboración con la sociedad civil, y cuyo eje sea permitir a todas las personas asumir posturas de liderazgo en bien del futuro del planeta.

La reforma institucional que concibo continuaría, extendería y cristalizaría los esfuerzos que se han realizado a partir de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano realizada en 1972 en Estocolmo, evento que constituyó el primer encuentro internacional sobre cuestiones ambientales globales.

La Conferencia de Estocolmo fue de notable interés por la realización —en forma simultánea a los debates intergubernamentales— de un Foro de ONG al que asistieron representantes de la sociedad civil; y por el hecho de que se solicitó a los gobiernos incluir representantes de ONG en sus delegaciones. Fue ese un paso importante para incluir las voces de la sociedad civil —“Nosotros los pueblos”, tal como afirma la Carta de las Naciones Unidas— en las actividades de una organización caracterizada por la marcada tendencia a funcionar básicamente como un conjunto de estados soberanos.

Eso marcó el comienzo de una actitud de apertura hacia la participación activa de la sociedad civil, que le dio carácter a una serie de conferencias mundiales organizadas por las Naciones Unidas, sobre temas tan complejos como población y alimento, en el curso de las décadas de 1970 y 1980.

La Cumbre de la Tierra de Río, llevada a cabo en 1992, se creó sobre esta tradición y le imprimió a esta un enorme impulso. Además de ser la primera conferencia de la ONU convocada como cumbre, se estructuró para facilitar la participación de un amplio

espectro de actores de diversos campos, como la ciencia y la industria, así como de ONG que no poseían estado consultivo oficial en las Naciones Unidas.

Mientras que la Conferencia de Estocolmo contó con la presencia de solo dos jefes de estado, la de Río sumó noventa y cuatro. Además, con un total de cuatro veces el número de ONG participantes, la mayoría de ellas embarcadas en actividades de base ciudadana en países en desarrollo, el evento constituyó un fundamental progreso tanto cuantitativo como cualitativo respecto de otras conferencias. Por añadidura, a partir de la Cumbre de la Tierra, cada vez más estados comenzaron a incluir representantes de ONG en sus delegaciones.

El ambientalista alemán Ernst Ulrich von Weizsäcker, con quien estoy manteniendo un diálogo publicado en forma de serie, ha brindado el siguiente análisis acerca del éxito de la Cumbre de la Tierra como un “emprendimiento colosal”²⁴ que marcó la participación de una inmensa cantidad de ciudadanos del mundo:

Sin ese empuje ni esa presión pública, habría sido fácil para ciertos gobiernos dejar todo en manos de la rutina diplomática y, por ende, permitir que la conferencia fracasara; un resultado casi seguro, dadas las profundas divisiones entre el Norte y el Sur sobre cuestiones centrales.²⁵

Basándose en ese resultado duramente conquistado, habría que aprovechar la Conferencia Río+20 como una oportunidad de establecer la colaboración entre la ONU y la sociedad civil como eje de cualquier reestructuración institucional.

Un modelo concreto para ello puede observarse en la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que adopta el sistema tripartito de gobernanza, conformado por representantes del sector gubernamental, empresarial y laboral. De igual manera, cualquier organización nueva debería considerar algunas variantes de esa estructura, como por ejemplo un sistema de cuatro partes que asegure la participación de todo el espectro de actores de la sociedad civil y esté constituido por gobiernos, ONG, empresas e instituciones académicas y de investigación.

En la actualidad, la ONU cuenta con marcos como el Pacto Mundial para la industria y los negocios, y el Impacto Académico para universidades y otras instituciones de enseñanza superior, lo que permite que esos importantes actores se desempeñen como asociados que respaldan las actividades de las Naciones Unidas. Ambos pueden considerarse iniciativas con la capacidad de anticipar circunstancias, mediante las cuales diferentes agentes se ajustan al mandato ético de lo que *debemos* hacer. En tal sentido, comparten la clase de orientación que estoy proponiendo, en cuanto al establecimiento de un nuevo conjunto de objetivos, como se vio anteriormente, que den lugar a valores positivos en la comunidad local y en la sociedad, y generen cambios a escala global.

La primera versión del documento final publicado antes de la Conferencia Río+20 pone el acento en que “un prerrequisito fundamental para el logro del desarrollo sostenible es una amplia participación pública en la toma de decisiones”.²⁶ El establecimiento de un sólido marco institucional en esa área basado en el principio de facilitar la colaboración entre la ONU y la sociedad civil proporcionará un precedente y un modelo práctico para crear instituciones similares que puedan encarar otras cuestiones globales.

El último punto que quisiera tratar en lo concerniente a la reforma institucional tiene que ver con la participación activa de los jóvenes, miembros de las nuevas generaciones. El año pasado, el PNUMA convocó a una conferencia en la que mil cuatrocientos niños y jóvenes de ciento dieciocho países se reunieron en Indonesia y adoptaron la Declaración de Bandung, en la que expresaron su determinación de realizar acciones concretas. “El futuro de nuestro planeta –nuestro futuro— está en peligro. [...] No podemos esperar otra generación, no podemos esperar un Río+40, para ponernos en acción”.²⁷

Necesitamos crear, lo antes posible, un foco de interés donde los jóvenes vuelquen su pasión y su fuerza, tal como expresa esta declaración, a fin de que puedan conducir a la humanidad por un nuevo rumbo lleno de esperanza hacia el futuro. Quisiera exhortar al establecimiento de un “comité de las generaciones futuras”, a modo de foro en el cual los representantes de la juventud del mundo puedan considerar caminos hacia un futuro sostenible y asesorar a la nueva organización en sus planes y políticas anuales. Esta iniciativa podría además servir de factor crucial que fortalezca las redes de jóvenes que trabajan a escala global.

La gente joven posee no solo el ardiente deseo de transformar el mundo, sino la capacidad inherente de hacerlo a gran escala. En la medida en que la ONU logre aprovechar el enorme potencial de los jóvenes, tendrá un impacto decisivo en el futuro de la humanidad.

Espero que la reforma institucional en este campo se guíe por los principios que he delineado aquí. Y confío en que los representantes de los gobiernos que se reúnan en esta conferencia estén motivados por un sentido de responsabilidad con el futuro, al considerar reformas fundamentales y lograr acuerdos que les granjearán el respeto y la gratitud de las generaciones por venir.

Aprendizaje para el empoderamiento

La última área que deseo analizar se refiere al establecimiento de un marco educativo para promover la sostenibilidad. Ello lograría crear conciencia entre las personas y les permitiría avanzar desde el empoderamiento hacia el liderazgo dentro de sus respectivas comunidades; asimismo, las incentivaría a actuar como protagonistas en su entorno, respetando la dignidad inalienable de sus congéneres y el valor irremplazable de todo lo que nos rodea.

Concretamente, quisiera proponer que la Conferencia recomiende a la Asamblea General de la ONU iniciar un “programa educativo para una sociedad global sostenible”, que comience en 2015 y prosiga la tarea del Decenio de las Naciones Unidas de la Educación para el Desarrollo Sostenible (2005-2014).

Hace diez años, al postular la idea de una década así en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de 2002 realizada en Johannesburgo, destacué la importancia de una toma de conciencia generalizada que comprendía tres pasos: aprender, reflexionar y empoderar.

Las instituciones educativas y las ONG han desplegado gran creatividad para crear conciencia en los ciudadanos desde el lanzamiento del Decenio en 2005 y, como

resultado, se ha logrado un gran progreso en las formas en que se incentivan la educación y la reflexión. Pero, a menos que ello estimule el empoderamiento y, más aun, el ejercicio del liderazgo, no dará lugar a una verdadera transformación.

Por ende, quisiera proponer que cualquier marco que dé continuidad al Decenio se concentre en ese objetivo: capacitar a numerosas personas como genuinos agentes del cambio que propaguen un oleaje de esperanza adondequiera que vayan.

La exhibición “Semillas del cambio: La Carta de la Tierra y el potencial humano”, que fue elaborada por la Iniciativa de la Carta de la Tierra y la SGI, estrenada en la Cumbre de Johannesburgo y presentada en veintisiete países y territorios del mundo; y la versión renovada de la exposición “Semillas de la esperanza: Pasos hacia el cambio, perspectivas de sostenibilidad”, que fue inaugurada en 2010, fueron ambas creadas con la intención de ser algo más que muestras informativas: debían servir de catalizadores para estimular a la gente a ponerse en acción y ejercer el liderazgo.

No se trata de una empresa fácil. Pero, como lo demostró la doctora Maathai a lo largo de su vida, la clave para avanzar en ese desafío yace en las actividades educativas que se lleven a cabo en cada comunidad local. Comparto plenamente la convicción que ella manifestó con las siguientes palabras: “La educación, si algo significa, no debe apartar a las personas de su tierra, sino inculcarles un mayor respeto por ella, porque la gente educada está en posición de comprender lo que se está perdiendo”.²⁸

En un libro publicado hace cien años, el presidente fundador de la Soka Gakkai, Tsunesaburo Makiguchi, quien dedicó su vida a la investigación y a la práctica de la educación humanística, también propuso que la educación estuviese enfocada en las realidades que se vivían dentro de la comunidad local. Makiguchi instó al establecimiento de un programa de estudios comunitarios que pudiera reunir y unificar todos los temas académicos —en lo que hoy sería un currículo común— y que considerara el entorno humano y ambiental como un texto vivo, basado en la convicción de que el ser humano no puede existir separado de su tierra y de que no es posible considerar nada fuera de su relación con los demás.

Su intención no se limitó a que el educando adquiriera conocimientos genéricos de las implicancias geográficas de las montañas y los ríos, que comprendiera las conexiones ecológicas entre los habitantes de los océanos y de los bosques, ni que ampliara su comprensión general de la naturaleza.

Makiguchi no tenía interés en que los estudiantes aprendieran “el tipo de temas aislados como los de los cursos de historia natural, que pueden ser dislocados libremente”.²⁹ En vez de ello, él consideraba que la meta de su programa pedagógico debía ser coadyuvar a los niños a “adquirir una comprensión clara de las fuerzas complejas y multifacéticas que actúan en los ámbitos humano y natural dentro de la comunidad local y las relaciones que configuran el proceso por el cual los sujetos se desarrollan y crecen: hacer que los niños puedan observar la miríada de fenómenos de la naturaleza y de la humanidad que los rodean, a fin de que así lleguen a ser conocedores de las sutiles y exquisitas relaciones mutuas que les conciernen a todos”.³⁰

Él trató de estimular a los niños a desarrollar, en el transcurso de su vida cotidiana, la capacidad de percibir los lazos indisolubles entre el ser humano y la tierra; a cultivar el

aprecio por las maneras visibles y ocultas en que el entorno comunitario hacía posible la existencia y a llevar un modo de vida en el que, a partir de ese aprecio, surgiera la acción concreta.

En *Geografía de la vida humana*, Makiguchi escribió: “Las nobles cualidades humanas del amor compasivo, la buena voluntad, la amistad, la bondad, la seriedad y la simplicidad no se pueden forjar fuera del contexto de la comunidad local”.³¹

Makiguchi expresó lo siguiente acerca de esa clase de comunidad:

Todos los conocimientos y las virtudes que los educandos requerirán cuando estén activos en la sociedad se encuentran presentes y ya perfilados en este microcosmos. Si observamos escrupulosamente la realidad que nos circunda, podremos establecer los principios que más adelante serán necesarios para comprender el mundo”.³²

Makiguchi consideraba la comunidad local el lugar donde los diversos principios por los que operan la sociedad y el mundo se unen en formas directamente observables. Su programa de estudios comunitarios se basó en ese pensamiento. A través de este, buscó inculcar en los niños los principios básicos de un estilo de vida basado en la contribución: que trabajaran por el bien de la sociedad local y nacional, y por la humanidad toda, basados en la comprensión de la interdependencia mutua de todas las formas de vida, desarrollada a través de las interacciones del niño con su medio comunitario.

Makiguchi no entendía la comunidad local desde la estrecha visión del lugar natal o del sitio donde se habita, sino, desde una concepción más amplia, como el eje de la vida actual de las personas –el lugar donde uno camina y vive, donde ve y oye, y es movido por diversos eventos. Él comprendía que nuestro sentimiento de pertenencia y de arraigo como miembros de una comunidad local era el cimiento para lograr una mayor conciencia sobre la ciudadanía global. “Saber que nuestra vida se extiende hacia el mundo entero. El mundo es nuestro hogar, y todas las naciones dentro de él son nuestro campo de acción”.³³

A partir del pensamiento de Makiguchi, quisiera sugerir tres características que debería tener una educación basada en la comunidad para el nuevo marco que se adopte una vez concluido el Decenio de las Naciones Unidas de la Educación para el Desarrollo Sostenible:

- No deberá limitarse a brindar únicamente conocimientos sobre el entorno natural, las costumbres y la historia de la comunidad local, sino que deberá inculcar sentimientos de afecto por esa comunidad y la determinación de respetarla y protegerla.
- Deberá inspirar profundo aprecio por los modos en que el entorno inmediato, como las actividades productivas y económicas de las demás personas que viven en la comunidad, benefician y dignifican la vida de todos. Deberá promover acciones cotidianas basadas en ese aprecio.
- Deberá permitir que las personas consideren las cuestiones de su comunidad en términos de lo que se debe proteger por el bien de las

generaciones futuras y de la clase de sociedad que se desea construir en nombre de estas, y hacer de ello el centro de su modo de vivir.

Esa clase de educación no tendría éxito simplemente mediante la instrucción que se imparte en las aulas; requiere de una participación flexible y activa de la colectividad local, a fin de crear oportunidades para que individuos de todas las generaciones y circunstancias sociales aprendan juntos. Asimismo, debería involucrar a toda la comunidad y transformarla en un ámbito de aprendizaje continuo, en el que los intereses y las aspiraciones de todos se compartan y sean transmitidos de generación en generación.

Es también importante brindar a los niños constantes oportunidades de emprender iniciativas tendientes a proteger el entorno local y reforzar la sostenibilidad de la comunidad. Ellos podrán señalar cuestiones y problemas que los adultos tal vez no observen y hacer propuestas para solucionarlos.

Así como la doctora Maathai percibió agudamente la crisis de su comunidad mediante la pérdida de la higuera que había atribuido tanto valor desde su infancia como símbolo de su pueblo, debemos aprender a percibir las señales de los pequeños cambios, antes de que estos alcancen una escala sin remedio. La comunidad local es el sitio donde la gente puede accionar para detener el daño antes de que sea demasiado tarde.

Un aspecto de las crisis globales es que estas surgen a partir de espirales destructivas que tienen repercusión en diferentes localidades y adquieren una gravedad incontenible. A la inversa, a menos que podamos actuar eficazmente ante las crisis globales, no podremos proteger las comunidades de los peligros y las amenazas que estas deben enfrentar. De ahí surge la importancia de la comunidad local: un ámbito donde la gente puede detectar pequeños cambios como síntomas de cuestiones más grandes, enmarcarlos en un esquema de significado más amplio y convertir el sentimiento de angustia en determinación y acción. Al proteger nuestras respectivas comunidades y al expandir la solidaridad entre ellas, seremos capaces de confrontar incluso las más apremiantes amenazas globales. Y podremos embarcarnos en la paciente construcción de una comunidad que abra un amplio camino hacia la sociedad global sostenible del mañana.

Contribuir al cambio

Las propuestas que aquí he realizado en relación con las metas que podrían adoptarse conjuntamente en aras de la sostenibilidad, la reforma institucional y el marco educativo surgen de mi convicción de que el desafío clave radica en la formación de personas capaces de ser agentes de cambio que difundan esperanza adondequiera que vayan durante su existencia.

Al considerar las perspectivas de esta importante Conferencia, recuerdo las palabras de Aurelio Peccei, fundador del Club de Roma, en nuestro diálogo titulado *Antes de que sea demasiado tarde*:

Existe en cada individuo un tesoro natural de cualidades y capacidades que han permanecido dormidas pero que se pueden sacar a la luz y emplear para enderezar la maltrecha condición humana.

[...]

[Este potencial humano olvidado] [p]uede convertirse en ese as precioso que, en un momento dado, decide una partida millonaria. La habilidad e inteligencia innatas en todo ser humano —desde los más dotados y afortunados hasta los más desgraciados y marginados— constituyen un patrimonio sin igual de nuestra especie, aunque en la actualidad no dejemos de pisotearlo y abusar de él de manera lamentable.³⁴

Son la educación y el aprendizaje los que convertirán las posibilidades ilimitadas que poseen todas las personas —el “patrimonio sin igual de nuestra especie”— en un manantial de energía para hacer frente al desafío sin precedentes de construir una sociedad global sostenible.

El aprendizaje puede llevarse a cabo en cualquier parte, dondequiera que la gente se reúna; es algo en lo cual todos podemos tomar parte. Y aunque sus resultados no sean evidentes de inmediato, adquiere profundas raíces dentro de la sociedad y ejerce una influencia cada vez más positiva a medida que se transmite de generación en generación.

Por esa razón, los esfuerzos de la SGI para promover la solución de cuestiones globales siempre se concentran en la noción del empoderamiento de la gente, por la gente y para la gente.

Como indican los títulos de las exhibiciones “Semillas del cambio” y “Semillas de la esperanza” que hemos creado para estimular la consideración y el diálogo hacia el logro de un futuro sostenible, creemos firmemente que plantar las semillas de una nueva conciencia en el corazón de las personas es la forma más eficaz de transformar el mundo. Las escrituras budistas afirman: “Hasta una sola semilla, una vez sembrada, puede crecer y dar cuantiosos frutos”.³⁵

En las actividades para proteger la integridad ecológica, que hemos realizado en varios países, siempre nos hemos centrado en la educación. Este año, conmemoramos el vigésimo aniversario de la fundación del Centro de Conservación Ecológica del Amazonas (Centro de Projetos e Estudos Ambientais do Amazonas / CEPEAM, por su acrónimo oficial) de la SGI, situado en Manaus, Brasil. Además de los proyectos para restaurar la selva tropical degradada, el centro promueve la educación ambiental, mediante la cual los residentes locales aprenden a impulsar la construcción de un futuro sostenible.

A través de esas actividades e intercambios, he tenido el honor de entablar amistad con el destacado poeta brasileño Amadeu Thiago de Mello, quien ha trabajado durante años para proteger la región amazónica, que es considerada el pulmón del mundo.

Quisiera ofrecer, a modo de coda, unos versos que Thiago de Mello me recitó cuando nos encontramos en Tokio, en abril de 1997:

Vivo armado de amor
para trabajar cantando
en la construcción del mañana.
El amor todo lo que tiene da:

reparto la esperanza
y planto la claridad
de una nueva vida.

Un día en la Cordillera de los Andes a fuego vivo
quisieron acallar mi corazón compañero.
Pero atravesé el incendio y seguí cantando.

No tengo un camino nuevo,
solo nuevas formas de caminar.

Con el dolor de los desposeídos,
con el oscuro sueño del niño que con hambre se duerme,
aprendí que el mundo no es solo mío.
Y sobre todo aprendí que, en verdad, lo que importa,
antes de que la vida decline,
es trabajar para cambiar lo que hay que cambiar.

Cada uno a su manera, cada cual en su lugar.

Notas

- ¹ Véase Brown, *World on the Edge*.
- ² PNUD: *Informe sobre desarrollo humano 2011*, pág. iv.
- ³ Peccei e Ikeda, *Antes de que sea demasiado tarde*, pág. 26.
- ⁴ Makiguchi, *Makiguchi Tsunesaburo zenshu*, vol. 2, pág. 400.
- ⁵ *Ib.*, pág. 402.
- ⁶ *Ib.*, pág. 399.
- ⁷ Nichiren, *Gosho zenshu*, pág. 710.
- ⁸ *Social Suffering*, pág. 9.
- ⁹ Maathai, *Nobel Lecture*.
- ¹⁰ Maathai, *Movimiento Cinturón Verde*, pág. 169.
- ¹¹ Maathai, *Unbowed*, pág. 173.
- ¹² *Ib.*, pág. 289.
- ¹³ Maathai, *Nobel Lecture*.
- ¹⁴ Wayman, *The Lion's Roar of Queen Srimala*, pág. 65.
- ¹⁵ Maathai, *Nobel Lecture*.
- ¹⁶ Maathai, *Movimiento Cinturón Verde*, pág. 166.
- ¹⁷ Student Pugwash USA, *Pledge*.
- ¹⁸ Maathai, *Unbowed*, pág. 290.
- ¹⁹ Véase ONU, *Objetivos de desarrollo del milenio: Informe de 2011*, pág. 4.
- ²⁰ Véase ONU, *Gente resiliente en un planeta resiliente*, pág. 80.
- ²¹ ONU, *Carta de las Naciones Unidas*, Artículo 26.
- ²² Véase PNUMA, *Statements by Local Authorities' Major Group*.
- ²³ Ban, *Remarks to the General Assembly*.
- ²⁴ Weizsäcker, *Earth Politics*, pág. 168.
- ²⁵ *Ib.*, pág. 169.
- ²⁶ ONU, *El futuro que queremos*, Borrador preliminar del documento final, pág. 4.
- ²⁷ PNUMA, “*The Voice of Children and Youth for Rio+20*” [Voces de niños y jóvenes para Río+20].
- ²⁸ Maathai, *Unbowed*, pág. 138.
- ²⁹ Makiguchi, *Makiguchi Tsunesaburo zenshu*, vol. 3, pág. 59.
- ³⁰ *Ib.*, pág. 66.
- ³¹ *Ib.*, vol. 1, pág. 25.
- ³² *Ib.*, págs. 25 y 26.
- ³³ *Ib.*, pág. 13.
- ³⁴ Peccei e Ikeda: *Antes de que sea demasiado tarde*, pág. 147.
- ³⁵ Nichiren, *Gosho zenshu*, pág. 971.

Bibliografía

BAN Ki-moon: *Remarks to the General Assembly on 2011 Priorities* [Discurso del Secretario General a la Asamblea General sobre las prioridades de 2011], http://www.un.org/apps/news/infocus/speeches/search_full.asp?statID=1044
Véase también <http://www.un.org/spanish/News/fullstorynews.asp?NewsID=20068>

BROWN, Lester R.: *World on the Edge: How to Prevent Environmental and Economic Collapse* [El mundo al borde del abismo: cómo evitar el declive ecológico y el colapso de la economía], Nueva York y Londres, W. W. Norton & Co., 2011, http://www.earthpolicy.org/images/uploads/book_files/wotebook.pdf

KLEINMAN, Arthur, Veena Das y Margaret Lock, ed.: *Social Suffering* [El sufrimiento social], Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press, 1997. Véase “*The Appeal of Experience; The Dismay of Images: Cultural Appropriations of Suffering in Our Times*” [El llamado de la experiencia; La consternación de las imágenes: Apropiaciones culturales del sufrimiento en nuestro tiempo] por Arthur Kleinman y Joan Kleinman, págs. 1–24.

MAATHAI, Wangari: *Movimiento Cinturón Verde: Compartiendo propuestas y experiencias*, Madrid, Catarata, 2008.

——— *Nobel Lecture* [Discurso de aceptación del Premio Nobel], Oslo, 10 de diciembre de 2004.
http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/2004/maathai-lecture-text.html

——— *Unbowed: A Memoir* [Con la cabeza bien alta: Memorias y biografías], Londres, Arrow Books, 2008.

MAKIGUCHI, Tsunesaburo: *Makiguchi Tsunesaburo zenshu* [Obras completas de Tsunesaburo Makiguchi], 10 vols., Tokio, Daisan Bunmeisha, 1981-1997.

NICHIREN: *Nichiren Daishonin gosho zenshu* [Obras completas de Nichiren Daishonin], edit. por Nichiko Hori, Tokio, Soka Gakkai, 1952.

PECCEI, Aurelio y Daisaku Ikeda: *Antes de que sea demasiado tarde*, Madrid, Taurus Ediciones, 1985.

Student Pugwash USA (Pugwash de Estudiantes de los Estados Unidos): *Student Pugwash USA's Pledge to Work for a Better World* [Promesa de trabajar por un mundo mejor de Pugwash de Estudiantes de los Estados Unidos], <http://www.spusa.org/pledge/Pledgebrochure.pdf>

ONU (Organización de las Naciones Unidas): *Carta de las Naciones Unidas*, 1945, <http://www.un.org/es/documents/charter/chapter5.shtml>

——— *Objetivos de desarrollo del milenio: Informe del 2011*, Nueva York, 2011.
[http://www.un.org/spanish/millenniumgoals/pdf/11-31342\(S\)MDG_Report_2011_Book_LR.pdf](http://www.un.org/spanish/millenniumgoals/pdf/11-31342(S)MDG_Report_2011_Book_LR.pdf)

——— *El futuro que queremos*, Borrador preliminar del documento final, 10 de enero de 2012, <http://www.uncsd2012.org/futurewewant.html#IIC> Véase <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/CONF.216/L.1>

——— *Gente resiliente en un planeta resiliente: un futuro que vale la pena elegir*, Nota del Secretario General, 2012, <http://daccess-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N12/227/09/PDF/N1222709.pdf?OpenElement>

PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo): *Informe sobre desarrollo humano 2011 – Sostenibilidad y equidad: Un mejor futuro para todos*, http://hdr.undp.org/en/media/HDR_2011_ES_Contents.pdf

PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente): *Statements by Local Authorities' Major Group* [Declaraciones del grupo mayor de autoridades locales], 2009, http://www.unep.org/civil_society/GCSF10/pdfs/key-message-statement-by-major-group-local-authorities.pdf

——— *The Voice of Children and Youth for Rio+20* [La voz de los niños y jóvenes para Río+20], *2011 Tunza International Children and Youth Conference* [Conferencia Internacional de Niños y Jóvenes Tunza 2011], Declaración de Bandung, <http://www.unep.org/tunza/conference2011/content/Bandung%20Declaration.pdf>

The Lion's Roar of Queen Srimala: A Buddhist Scripture on the Tathagata-garbha Theory [El rugido de león de la reina Srimala: Escritura budista sobre la teoría *Tathagata-garbha*], trad. por Alex Wayman y Hideko Wayman, Nueva York, Columbia University Press, 1974.

WEIZÄCKER, Ernst Ulrich von: *Earth Politics* [Política de la Tierra], Londres y Nueva Jersey, Zed Books, 1994.